



DIFERENCIA(S)

revista de teoría social contemporánea

JUAN PABLO TAGLIAFICO

SACARSE LAS MÁSCARAS: EL TIEMPO EN LA ENCRUCIJADA ENTRE NATURALEZA Y SOCIEDAD

RESEÑA DE ELIAS, N. (1989): SOBRE EL TIEMPO. MADRID: FONDO
DE CULTURA ECONÓMICA.

EN REVISTA DIFERENCIA(S)

TIEMPO - N°4 - AÑO 3 - MAYO 2017. ARGENTINA.

ISSN 2469-1100

PP. N° 213-218



SACARSE LAS MÁSCARAS: EL TIEMPO EN LA ENCRUCIJADA ENTRE NATURALEZA Y SOCIEDAD

**RESEÑA DE ELIAS, N. (1989): SOBRE EL TIEMPO. MADRID: FONDO
DE CULTURA ECONÓMICA.**

JUAN PABLO TAGLIAFICO

Email: jp.tagliafico@gmail.com

RECIBIDO 23/04/2017

APROBADO 10/05/2017

¿Qué es el tiempo? Considerado como objeto de reflexión, ¿es un objeto de la naturaleza, un hecho objetivo de la creación natural? ¿O es más bien una forma innata, un dato inalterable de toda experiencia o vida humana, una condición de su existencia? En cualquier caso, ¿por qué los hombres necesitan de las determinaciones del tiempo? ¿Por qué aun hoy se mantiene ante nosotros el “misterio del tiempo”? En su ensayo *Sobre el tiempo*, Norbert Elias no sólo busca esbozar algunas respuestas a estas preguntas, sino que también intenta demostrar que la sociología puede realizar un aporte sumamente significativo al estudio del tiempo y que esto, a su vez, puede brindarnos poderosas herramientas para repensar el campo de las ciencias sociales.

Publicado por primera vez en alemán en 1984, *Sobre el tiempo* forma parte de una serie de investigaciones del autor que, en cierto modo, tratan similares problemas aunque desde perspectivas distintas. Sus trabajos analizan el proceso de civilización y la relación, en el proceso de conocimiento, entre compromiso y distanciamiento del sujeto con su entorno¹. En todos ellos Elias se pregunta por los modos en que, a lo largo del desarrollo de las sociedades, el proceso civilizatorio y las respectivas coacciones civilizadoras modulan la actitud social que forma parte fundamental de la estructura de personalidad del individuo. En este sentido, el problema del tiempo se entrecruza aquí con preguntas sobre el sujeto, la sociedad, la naturaleza y sus relaciones y, más específicamente, se entrelaza con la pregunta por el modo en que se conjugan los distintos niveles de desarrollo de las sociedades con los procesos de estructuración de la personalidad del individuo.

El punto de partida del trabajo de Elias son las teorías ya elaboradas acerca del tiempo. El autor se pregunta por qué no se ha podido develar el “misterio del tiempo” y concluye que las posturas adoptadas hasta el momento no han abordado el problema de manera adecuada. Distingue dos posiciones fundamentales sobre el problema en cuestión. Por un lado, encontramos a quienes sostienen, como Newton, una concepción del tiempo como parte del orden de la Naturaleza. Según esta visión, el tiempo sería un hecho objetivo más, que no se diferenciaría de otros objetos naturales sino por su cualidad de no ser perceptible. Por otro lado, se ubican quienes, como Descartes o Kant, defienden una noción del tiempo como estructura universal de la conciencia o de la existencia del hombre. El tiempo sería así un dato inalterable de la experiencia humana. Ahora bien, como nos explica Elias, ambas posturas comparten supuestos fundamentales comunes. En ambos casos el tiempo se presenta como un dato natural. Mientras que en unos lo consideran

1 Pueden consultarse los trabajos clásicos del autor: Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización*. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México: Fondo de Cultura Económica y Elias, N. (2002). *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península.

“objetivo” y, por lo tanto, existente con independencia del hombre, otros lo asumen como algo “subjetivo” pero innato a la naturaleza humana.

La dicotomía entre ambas posturas ha reforzado, en la Modernidad, una visión dual del problema. Desde Galileo en adelante, la representación naturalista del tiempo se ha hecho cada vez más hegemónica. Junto con esta hegemonía se ha consolidado un tipo de visión dual del tiempo según la cual, en primer lugar, tenemos el “tiempo físico”, el cual forma parte de la naturaleza y su estudio es propiedad de la física y la matemática, donde se lo estudia como una “ley natural”. En segundo lugar, se ubica un “tiempo social”, el que cuenta con las características de una institución social y forma parte de la experiencia humana. A medida que las ciencias físicas se hacían más prestigiosas, el “tiempo físico” se convertiría, según Elias, “en el prototipo del ‘tiempo’ como tal”. Mientras el tiempo físico, natural, se consolidaba como lo real, el tiempo social devenía simple convención. La visión dual se completa entonces dividiendo claramente ambos campos: de un lado la realidad de la naturaleza, el tiempo físico y las ciencias físicas; del otro, las convenciones de la sociedad, el tiempo social y las ciencias sociales.

Para Elias, ambas posiciones dicotómicas, “objetivistas” y “subjetivistas”, junto con esta visión dual del tiempo, se sostienen a partir de un modo específico de concebir al sujeto. La ruptura con la filosofía y, específicamente, con la epistemología europea clásica, que se sustentan en estas concepciones, se refleja en este trabajo en un fuerte cuestionamiento del individuo como sujeto del conocimiento. Según estas perspectivas, el mundo estaría atravesado por una grieta que separaría al “mundo interior” del individuo de un “mundo exterior” de la naturaleza. En cambio, para el autor, el individuo no capta el tiempo objetivado en la naturaleza ni inventa el concepto de tiempo por sí mismo, sino que lo aprende desde la infancia junto con la institución social del tiempo, que le está fuertemente unida. Se deja de lado así a un hombre social “con ropaje naturalista o metafísico”, el cual, desde Descartes hasta el existencialismo del siglo XX, se ha planteado muchas veces como un hombre solo en el mundo, aislado y totalmente independiente del universo que lo rodea, contando sólo con su “razón” o su “espíritu”. “Se trata –nos dice Elias– de una concepción muy egocéntrica, centrada en el individuo”.

A partir de su investigación sobre el tiempo, Elias nos propone otra imagen del sujeto. Retomando los aportes de lo que denomina como “teoría sociológica del saber y conocer”, no presenta al individuo como sujeto del saber, sino a las generaciones humanas, a la humanidad en proceso de desarrollo. El hombre que se configura entonces es un sujeto que cuenta con la facultad específica para sintetizar, es decir, relacionar los hechos, establecer nexos. Facultad que, a su vez, se activa y estructura a través de la experiencia, del aprendizaje. Esta sería la propiedad humana que

caracterizaría el modo en que los seres humanos se orientan. Podríamos pensar entonces que, en términos del autor, el hombre es un sujeto de la experiencia. Sin embargo, esta no es una mera experiencia o aprendizaje individual, sino que más bien Elias está pensando fundamentalmente en saberes que se transmiten colectivamente de generación en generación. Al mismo tiempo, tomando los aportes de los estudios lingüísticos, concibe al saber como parte de un lenguaje. Lo cual implica pensar que el hombre se constituye desde un mundo socio-simbólico en el cual participa junto con una multiplicidad de hombres, tratando así el problema a partir de un acervo social de conocimientos y ya no en términos individuales.

Al mismo tiempo, esta teoría del sujeto se articula con una teoría específica del desarrollo de las sociedades que Elias ya venía trabajando y que la conceptualiza en los términos de un proceso civilizatorio². Esto es el proceso por el cual todo grupo humano introduce pautas de autodisciplina y autorregulación “en las criaturas salvajes e incontroladas que son los hombres al nacer”. A lo largo del desarrollo de las sociedades lo que se irá transformando serán las pautas sociales de autodisciplina individual y, por lo tanto, los modos de estructuración de la personalidad del individuo.

En este sentido, uno de los objetos principales del trabajo de Elias que reseñamos es dar cuenta de la aparición de la coacción del tiempo como pauta social disciplinaria. Al reflexionar en torno a nuestra propia relación con el tiempo estamos tratando con un síntoma de un proceso civilizador particular, que tiene modos específicos de definir y relacionarse con aquello que denomina bajo el significante “tiempo”. Frente a la continuidad y omnipresencia que el tiempo presenta en las sociedades modernas y occidentales, la lectura de algunos estudios antropológicos nos habilita a pensar que las actitudes sociales frente al tiempo en otro tipo de sociedades más sencillas se caracterizan por ser desiguales y discontinuas. La relación entre coacciones externas y autocoacciones también se modifica a lo largo del proceso civilizador, transformándose específicamente el modelo de autodisciplina y el tipo de su implantación. Así, la coacción que ejerce el tiempo desde afuera, está reforzada en la Modernidad por coacciones que se impone a sí mismo el individuo. Este proceso de individuación de la regulación social del tiempo es presentado por el autor como portador, de forma casi paradigmática, de los rasgos de un proceso civilizador.

Tomando el proceso civilizatorio de las sociedades como central para el análisis del tiempo, Elias sostiene que los modos de determinación de la temporalidad se han transformado en los distintos periodos de desarrollo. El autor entiende al tiempo, al igual que Einstein, como una forma de relación, en contraposición al “flujo objetivo”

2 Al respecto de esta cuestión, además de los trabajos ya citados, puede consultarse otras obras del autor como: Elias, N. (1982). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica y Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.

que plantean las concepciones newtonianas clásicas. La determinación del tiempo es, entonces, el producto de la facultad humana para poner en relación dos o más procesos, de entre los cuales toma uno como cuadro de referencia o medida de los demás. Elias nos propone así reflexionar acerca de las distintas relaciones establecidas en diferentes periodos de desarrollo. Podemos pensar que las sociedades ya comienzan a determinar temporalmente sus actividades en periodos en los que aún no se ven enfrentados a problemas y preguntas explícitas acerca del tiempo. Esto es lo que se denominará determinación del tiempo pasiva y que se relaciona con el concepto de “reloj fisiológico” y con la regulación de las actividades de acuerdo a los propios instintos animales. A medida que las sociedades se vuelven más complejas, la organización social regula y estructura a los hombres de modo tal que se disciplina el “reloj fisiológico” a través de un “reloj social”. Esto es lo que llamará determinación del tiempo activa. En este sentido, la introducción de la agricultura en la vida social sirve de ejemplo para pensar un momento donde la determinación activa del tiempo se torna fundamental y la producción de alimentos funciona como un elemento disciplinador de las pautas sociales y que transforman así los modos de estructuración de la personalidad del individuo. La determinación activa del tiempo se entiende, por lo tanto, como un producto de una síntesis intelectual compleja que es posible luego de un largo proceso de desarrollo y de acumulación de un acervo social de saberes. Es decir que el “tiempo”, tal como lo entendemos en la actualidad, constituye un concepto de un alto nivel de generalización y síntesis que presupone que las sociedades hayan aprendido métodos de medición de secuencias temporales y sus regularidades.

Concebido de este modo, el tiempo se vuelve una institución social que se transforma de acuerdo al grado de desarrollo de las sociedades y en la cual se entrelazan procesos de diferentes niveles: individuales, sociales y naturales. El “tiempo”, como significante, se vuelve así un símbolo de una relación que un grupo humano establece entre dos o más procesos. El calendario es un ejemplo claro de esta operación. Allí se fija de modo más o menos arbitrario cierta posición del Sol como punto inicial y final de una unidad social de tiempo, el año. Considerando el carácter instrumental de la determinación del tiempo, ya no podemos mantener aquí un pensamiento dual entre “naturaleza” y “sociedad” o “naturaleza” y “cultura”. Ambos procesos se ponen en juego al mismo tiempo en un universo único. Lo que encontramos no son “hombre” y “naturaleza” separados, sino el “hombre en la naturaleza”. Por lo tanto, para estudiar el problema del tiempo nos vemos obligados a volver a reunir “tiempo físico” y “tiempo social” y a movernos en un campo que se salga de las fronteras tradicionales entre “ciencias físicas” y “ciencias sociales”. La investigación de Elias busca así contribuir a restablecer la conciencia de la interdependencia entre “naturaleza” y “sociedad” y, en términos del autor, “en un sentido más amplio, de la

unidad de lo múltiple que es el Universo”. Nos insta a salir de los cómodos compartimentos estancos de nuestras tradiciones científicas y a hacernos preguntas que impliquen una multiplicidad de saberes.

Ahora bien, para comprender de modo más acabado el por qué el tiempo se nos aparece como un enigma, Elias intenta dar cuenta del carácter simbólico del tiempo. Busca así definirlo como el símbolo conceptual de una síntesis que, luego de poner en relación dos o más procesos, adquiere las características de cualquier otro símbolo lingüístico. El uso del concepto que parece otorgar al “tiempo” una existencia autónoma, es sin duda un claro ejemplo de la manera en que un símbolo muy usado se libera de todos los datos observables para adquirir, en un lenguaje y en el pensamiento humanos, una vida propia. De esta forma la división conceptual que es producto de un ejercicio de síntesis humano se nos aparece como separación existencial. En este sentido, el movimiento que opera sobre el significante “tiempo” es similar al que vemos en casos como “sociedad”, “cultura”, “lenguaje”, “capital”, “dinero”, etc. Todos ellos se nos presentan como si existiesen fuera e independientemente de los hombres. Sin embargo, en todos los casos son significantes que se configuran a partir de las relaciones entre una multiplicidad de seres humanos interdependientes. Se refuerza así lo que podríamos denominar como mito del tiempo. Es decir, pensar el tiempo como algo que se encuentra allí sin más, que existe como objeto y que puede determinarse o medirse aunque no pueda percibirse con los sentidos.

Retomando las palabras de Elias, el modo en que opera el tiempo a través de los relojes en la actualidad puede ser pensado de forma análoga a las máscaras en algunas sociedades tradicionales. Ambos elementos, máscaras y relojes, son productos humanos y esto es algo conocido por todos los miembros de la sociedad. Pero, sin embargo, máscaras y relojes parecen encarnar existencias extrahumanas. En aquellas sociedades tradicionales las máscaras representaban las encarnaciones de los espíritus, que aparecían ante los hombres como algo externo al mundo social pasible de ser transformado. El “tiempo” representaría así nuestros propios “espíritus”, aquello que a pesar de ser un producto social se nos aparece como algo externo ejerciendo su coerción. En este sentido, este trabajo de Elias apunta a deconstruir toda una serie de creencias y discursos, propios de nuestro período, en torno al tiempo en particular y al mundo que vivimos en general. Es un intento, entonces, por comenzar a sacarnos las máscaras y reconocer los espíritus de nuestro tiempo.